

PUBLICACIONES DEL
GRUPO
AMERICA

EL
LIBRO

PRIMERA EXPOSICION
DEL LIBRO HISPANOAMERICANO
ORGANIZADA POR EL GRUPO
AMERICA Y AUSPICIADA POR
EL GOBIERNO DEL SR. DR. DN.
J. M. VELASCO IBARRA, MUNICI-
PIOS E INSTITUCIONES CUL-
TURALES DEL PAIS.

AGOSTO 9 DE 1935

I N T R O D U C C I O N

AL CUMPLIRSE el décimo aniversario de la Revista "América", propusimos dar a este acontecimiento una celebración que perdurara y se difundiera como expresión de la cultura del país; y con el apoyo del Gobierno de la República, Municipios y centros culturales, promovimos un Concurso Literario Nacional, de novela y ensayo, el mismo que se ha desarrollado con una concurrencia notable y que ya revelará su valía, y organizamos, especialmente, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano que hoy se inaugura con el mejor de los resultados en los salones de la Universidad Central, galantemente concedidos para el objeto.

Nuestra Revista alcanzó en sus dos lustros de existencia un nombre pocas veces obtenido por publicaciones de la índole y mereció simpatía y voluntad de los escritores del Continente que

figuran en las primeras líneas de la excelencia y en las vanguardias del pensamiento. La ya consagrada expresión de ese recibimiento y las finalidades constantes de nuestro esfuerzo, nos dictaron el empeño de conmemorar nuestro décimo aniversario con esta Exposición que pudiera ser como una Anficiónía del intelecto y estableciera la primera Biblioteca americanista en la ciudad de Quito, estrechando amistades, ofreciendo el conocimiento de los escritores hispanoamericanos y dando oportunidad al intercambio de libros.

La iniciativa ha merecido grande interés, de tal modo que en la Exposición están representados todos los países de América con varios de sus libros mejores, además de la contribución apreciable de España. "América" justifica su nombre con esta fundación de libros y en recuerdo de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano reúne en este opúsculo algunas líneas que, a petición suya, escribieron acerca del libro algunos de sus amigos y compañeros, valiosos escritores del Ecuador.

Quito, Ecuador, Agosto 11 de 1935

EN LA empresa inestimable de la difusión de la cultura, que hace a la humanidad más humana, el Libro ejerce el apostolado más amplio, el más alto y eficaz, porque tiene un maravilloso don de ubicuidad. Simultáneamente, sobre la faz de la tierra, llevando la buena nueva por todos los ámbitos del universo, irradia, como el sol, su luz indeficiente, que es verdad en los cerebros, simiente de amor y de bondad en los corazones, estímulo para la acción generosa y fecunda, fuente de consolaciones para las almas áridas y desoladas, amable solaz para la vida y, lo que vale más, fraterna vinculación de los espíritus y comunión, no por invisible menos estrecha, de todos los hombres y de todas las razas. Por ello, precisamente, por esa virtualidad excelsa que posee y que constituye la cristalización de los esfuerzos de los sabios, de los pensadores, de los filántropos y de los artistas, que dan a los demás lo mejor de sí mismos, el Libro puede ufanarse de que sea, en gran parte, obra suya, obra divinamente bella, la civilización contemporánea, múltiple y asombrosa.

Julio 5 de 1935.

MANUEL MARIA SANCHEZ

EL LIBRO es una iluminación. Abrirlo. Abrid cuantos podáis. Cada uno de ellos, en forma más o menos grande, más o menos primorosa, es la de un espíritu que parece estar allí sujeto, retenido, aprisionado; pero que vuela, vuela libremente de inteligencia en inteligencia, de alma en alma por dejar en ellas el beso de su lección, la caricia de su pensamiento, la inmortalidad de su belleza, la inspiración de su verdad y su virtud.

Donde no hay libro, hay sombra, sombra espesa, palpable; y donde la sombra triunfa, en la calle o el hogar, el mal triunfa también, pues triunfarán con ella la ignorancia y la violencia.

La Exposición del Libro Hispanoamericano con sus mil y mil luces encendidas, anunciará la victoria de una civilización; la fraternidad literaria, artística, científica y hasta industrial de los pueblos de ese nombre.

Y en tanto el Libro prevalezca entre nosotros, las emboscadas del mal no prevalecerán, no podrán prevalecer, sobre la cultura, la belleza, el saber y la virtud del alma ecuatoriana.

Junio de 1935.

A. BAQUERIZO MORENO

HACE algunos años, escribí un artículo cuyo tema era éste: la manía de hacer libro. Me lo inspiró la observación del hecho consistente en que articulistas de toda laya terminaban siempre por compilar en libro lo que un día fué el comentario oportuno del periódico o la revista. Qué sucedía con tales compilaciones? Qué habían perdido una peculiar dimensión de realidad; por tanto, que había menguado su interés de educación o sugestión.

No se ha moderado la maniática proliferación libresca. Son ingentes las series de volúmenes que con frenesí cotidiano arrojan las prensas, Recopilaciones de crónicas o variantes de temas ya agotados, en buena parte. Se ha hecho un fetiche de "el libro", no un culto. Si fuera un culto, habría la religiosa preocupación de que el libro ha de significar la madurez de nuestra efectiva e individual sensibilidad para la cultura.

Entendamos la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano como una reacción contra la feria de vanidades o la feria de productos mercantiles que generalmente ha sido "el libro" y aprendamos que éste debe ser disciplina social del intelecto y renovadora fluidez dinámica en el proceso cultural.

Quito, junio 27 de 1935.

J U L I O E. M O R E N O

EL LIBRO es una iluminación. Abrirlo. Abrid cuantos podáis. Cada uno de ellos, en forma más o menos grande, más o menos primorosa, es la de un espíritu que parece estar allí sujeto, retenido, aprisionado; pero que vuela, vuela libremente de inteligencia en inteligencia, de alma en alma por dejar en ellas el beso de su lección, la caricia de su pensamiento, la inmortalidad de su belleza, la inspiración de su verdad y su virtud.

Donde no hay libro, hay sombra, sombra espesa, palpable; y donde la sombra triunfa, en la calle o el hogar, el mal triunfa también, pues triunfarán con ella la ignorancia y la violencia.

La Exposición del Libro Hispanoamericano con sus mil y mil luces encendidas, anunciará la victoria de una civilización; la fraternidad literaria, artística, científica y hasta industrial de los pueblos de ese nombre.

Y en tanto el Libro prevalezca entre nosotros, las emboscadas del mal no prevalecerán, no podrán prevalecer, sobre la cultura, la belleza, el saber y la virtud del alma ecuatoriana.

Junio de 1935.

A. BAQUERIZO MORENO

HACE algunos años, escribí un artículo cuyo tema era éste: la manía de hacer libro. Me lo inspiró la observación del hecho consistente en que articulistas de toda laya terminaban siempre por compilar en libro lo que un día fué el comentario oportuno del periódico o la revista. Qué sucedía con tales compilaciones? Que habían perdido una peculiar dimensión de realidad; por tanto, que había menguado su interés de educación o sugestión.

No se ha moderado la maniática proliferación libresca. Son ingentes las series de volúmenes que con frenesí cotidiano arrojan las prensas, Recopilaciones de crónicas o variantes de temas ya agotados, en buena parte. Se ha hecho un fetiche de "el libro", no un culto. Si fuera un culto, habría la religiosa preocupación de que el libro ha de significar la madurez de nuestra efectiva e individual sensibilidad para la cultura.

Entendamos la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano como una reacción contra la feria de vanidades o la feria de productos mercantiles que generalmente ha sido "el libro" y aprendamos que éste debe ser disciplina social del intelecto y renovadora fluidez dinámica en el proceso cultural.

Quito, junio 27 de 1935.

J U L I O E. M O R E N O

F IESTA del libro quiere decir fiesta del pensamiento. La exaltación de la obra intelectual es el resultado de la capacidad de los pueblos para comprender y ponderar el valor de las actividades del espíritu. El pueblo que ante sus ojos tiene abierto un libro de nobles enseñanzas, pueblo es que ha salido ya del estado de barbarie. La civilización de la humanidad está en las manos del hombre que escribe y del hombre que lee. Así como no es posible concebir el progreso material de una nación sin la figura del obrero, empuñando en su diestra el arma del trabajo, tampoco se puede imaginar un pueblo culto si está sumido en las densas tinieblas del analfabeto. Difundir el libro es hacer un regalo de luz a las conciencias ensombrecidas; es realizar una bienhechora siembra de ideales en las vidas desorientadas; es ofrecer un guía ameno a los pasos vacilantes que ignoran por cual senda deben continuar su marcha hacia el futuro. La labor cultural en algunos de los países de la América Hispana aún no está cumplida. Un amplio campo de acción está abierto para la fecunda conquista de la

idea. La fiesta del libro, como bien se puede llamar a la Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada por el Grupo América para celebrar el décimo aniversario de su Revista, debe significar una promesa de expansión cultural. El libro debe llegar adonde llega el sol. Hagamos, pues, por medio del libro una vitalizante transfusión de espíritu en la materia.

Quito, Junio 21 de 1935.

GUILLERMO RUSTAMANTE

S IEMPRE que el espíritu se une a la materia, para vivificarla y exteriorizarse en ella, topamos con el misterio, misterio con el que familiarmente convivimos, sin penetrarlo jamás.

Misterio así, la mirada, la sonrisa, el canto, con sus hondas significaciones impalpables; misterio, sobre todo, la palabra y el libro, en que la idea se concreta, transmisible y asimilable, y una alma se pone al alcance de otra alma, y lo más íntimo de un hombre entra dentro de otro hombre, para despertar invencibles antagonismos o convidadoras simpatías, para por siempre enajenar o sintonizar dos vidas. Este es el portentoso diario de todos los libros.

Pero el misterio natural subió un día a sobrenatural esfera, el día en que el espíritu increado se unió con la materia creada, el pensamiento divino con la expresión humana, la locución eterna, infinita con el signo finito, fluctuante y efímero, la voz del Todopoderoso con el balbuceo del verbo mortal. Este inefable consorcio es el de los Libros Sagrados, en

carnación viviente de la palabra divina en el mundo.

¡Libro, misteriosa prisión, que cautivas, para hacerlo perdurable, el fugitivo pensamiento humano, un día cautivaste, para hacerlo asequible a los hombres, el eterno pensamiento de Dios!

Colegio de Cotacollao, 21 de Junio de 1935.

AURELIO ESPINOSA POLIT, S. J.

CUANDO se modifiquen un tanto las trayectorias de esta Humanidad desorbitada, no tendrán sentido vital la frívola concepción del Arte por el Arte, no la fraseología vana de su inutilidad —que en el fondo supone carencia de creación fecunda— y, como el de la ciencia, el libro de la belleza se construirá con los lineamientos arquitectónicos del cosmos y un espiritualismo plástico con virtualidades de realización.

Se ha desangrado el mundo por milenios en campos de batalla, en luchas de hambre, en barricadas de prejuicios y en emboscadas de sofismas. Y, durante milenios, el tabernáculo del libro ha ofrecido a los hombres el cuerpo y la sangre de la miseria universal, la eucaristía de la mentira.

Pero, tiempo es ya de que el Libro sea auténtica expresión de la verdad. De la ciencia, la belleza y la vida verdaderas. Sin hipérboles ni encubrimientos. Sin vuelos líricos que le impidan rozar mejor la realidad circundante, la cruda realidad contemporánea. Sin que el ritmo y la rima de la Venus linotípica sean arrullo,

lejos de ser grito que despierte a las masas aletargadas y oprimidas y conmueva o destrozce los corazones de los opresores.

Sólo así podremos formar el Libro Humano, captando de todas las latitudes la nota redentora. Y el Libro nuestro, desentrañando de este hemisferio racial la clave autóctona, embrollada por la petulancia callejera de un vocabulario, desvinculado por completo del ser actuante, que no arranca de sus entrañas, ni de su carne, ni de su asiento terrenal, ni de su espíritu atormentado, sino que se forja en el crisol oropesco e inútil de un lirismo intrascendente.

Quito, a 10 de julio de 1935.

EDUARDO SAMANIEGO y A.

DESDE que regresé al Ecuador, observo, con patriótica satisfacción, el notable incremento de la bibliografía nacional. Han progresado igualmente los talleres tipográficos que imprimen hoy con artística elegancia. Hay, además, plausibles tentativas de fundar casas editoriales que gran falta nos hacen. Otra grata impulsión que he comprobado es la de formar bibliotecas, no sólo en las Municipalidades y los planteles de educación, también en mansiones particulares de aficionados a las letras, con miras altruistas, abriéndolas al público.

En la actual bibliografía ecuatoriana hay obras de todo género, en prosa y verso, dignas de aprecio y admiración mundial. La mayor parte de los libros está escrita con elevación de conceptos, castizo estilo y bastante erudición. Son muy raras, —felizmente,— las que merecen censura porque ofenden respetables creencias religiosas o políticas, y pocas las que, entre cuentistas y novelistas, resultan perniciosas por la inmoralidad del tema desarrollado y repugnantes por la crudeza del vocablo o la

impudencia en voluptuosas descripciones. Y, sin embargo, aún en estas producciones hay talento.

Toda escuela, aunque me distancie de ella mi educación clásica, me merece consideración y simpatía si, en sus innovaciones de buen gusto, la juzgo artística, sincera y, sobre todo, sensata. Aunque no sea un concepto original el de comparar el libro a la lengua de Esopo, conviene recordar que, como ella, el libro es bueno o malo, según sea el espíritu que de él emana, y siempre es útil repetir que sólo es digno de alabanza y de imitación el que propende a instruir, a elevar el alma con puras creencias, a fomentar sanas costumbres y a emocionar el corazón con nobles ejemplos. La sana literatura amena no debe ciertamente excluir las narraciones que causan hilaridad, pero ha de rechazar las de intención demasiado licenciosa y lo deshonesto en las descripciones de aberraciones y vicios, aún en estos tiempos en que tan descuidada está la cortesía varonil y tan despreocupado el recato femenino. ¿Por qué?, —como lo ha dicho el ilustre profesor Lucio Ambrozzi en "Convivium", revista de Turín—,

“¿por qué juntar la fragancia y la pestilencia?”

En las labores intelectuales deben siempre animar el patriotismo, la conciencia y el pudor. Anhele la grandeza y celebridad de la literatura patria y elevo votos porque, sin apartarse de esa norma, triunfen mercedamente mis jóvenes compatriotas, los literatos ecuatorianos de la escuela modernista.

Guayaquil, 1935.

V I C T O R M. R E N D O N

EL LIBRO es el máximo exponente de la moderna cultura. En realidad ha sido el máximo exponente de todas las culturas, si el nombre de libro lo extendemos al sentido genérico de la función para que ha sido creado: la de leerlo. Y los ladrillos con caracteres cuneiformes de las civilizaciones asiria y caldea; los muros piramidales de Egipto matizados de jeroglíficos; templos mayas e incas con el simbolismo de sus signos gráficos; papiros grabados por la paciencia benedictina del medioevo. No fueron sino libros que dieron a la cultura un sentido suntuoso, de casta, por consiguiente limitado.

Era preciso que llegara Gutenberg con su imprenta para que, con los incunables, la cultura se saturara de un poco más de humanidad. Pero hacía falta más. Y el progreso técnico pasó de la tipografía a la linotipia. Y paralelamente a este progreso, el antiguo libro, cuya suntuosidad apergaminada lo alejaba del hombre, se convirtió en el libro de hoy, de una belleza limpia y sencilla que permite cojerlo en nuestras manos para saborearlo intimamen-

te, y en ratos de deambular callejero o campesino, llevarlo bajo el brazo, al lado del corazón. Porque el libro moderno ha hecho de la cultura, no sólo una función inteligente sino también una función cordial.

Guayaquil, 1935.

FERRANDIZ ALBORZ
(Feafa)

LAS TENDENCIAS de la voluntad dividen a la humanidad en dos grupos: Aquel que obsesido por la potencia del sentimiento y del pensamiento se libera de su obsesión eliminándola mediante un acto volitivo exterior y aquel que igualmente obsesido se libera plasmandolos en la creación de arte o de ciencia.

Ambos comportamientos son expresiones vitales determinadas por factores psíquicos.

Nadie busca la gloria al actuar, al dar libre curso a sus inclinaciones y tendencias; todos viven su vida, obrando de acuerdo con su sino. El destino es un complejo psíquico. Material la una, espiritual la otra, ambas son acciones puras y humanas.

Expresión, creación de vida, producto de imaginación creadora tanto el invento de un motor como la creación de un poema o de una sinfonía.

La civilización, --organización material, técnica, ciencia aplicada, racionalismo--, es hija de la cultura, --intuición, creación, plasticidad--; o para decir con Spengler: La civilización es la declinación de la cultura.

La humanidad materialista, realista, racio-

nalista es, de modo semejante, la declinación de la humanidad espiritualista, idealista, intuitiva.

Obrar por obrar, crear por crear es propio del genio de la acción como del genio de la imaginación o del pensamiento. Todos son dioses creadores y libertadores.

Antes de la civilización está la cultura; antes del hombre de acción, el de ensueño, el de pensamiento.

La imaginación es el alma y espíritu de la cultura. Y la cultura es el alma y espíritu de la civilización. La imaginación y el pensamiento son la sal de la vida. Ellos dan sabor a la vida. Ellos salvan a la humanidad de la decadencia, de la corrupción, de la muerte.

Y el libro es la urna preciosa que contiene las maravillas del sentimiento, de la imaginación, del pensamiento y de la intuición, esencia, alma y ala de la humanidad.

Sólo en las beocias se desestima el libro y se desdeña al artista, al pensador, al filósofo, al sabio.

Honrar el libro es humanizarse.

MANUEL MORENO MORA

LIBRO es toda gran expresión de cultura por escrito, de cultura propiamente, que emana del tiempo, la tierra y el paisaje.

es la voz de una raza, que vive un territorio determinado, bajo cierta presión barométrica. hay libros blancos, amarillos, negros, indios. el libro occidental nuestro no puede ser como el libro occidental europeo; o, como el libro oriental.

el libro extranjero es libro standar, de una cultura de moldes. nuestra cultura ha sido de calco y hemos hecho libros extranjeros, acusando atroz desorientación, por carencia de brújulas mentales, cultura de esclavos, o colonos;

hoy se levanta la cultura americana propia. nuestra alma ha echado raíces en la tierra. comenzamos a independizar nuestro pensamiento, a crearnos una vida de grandes destinos para el movimiento humano que se inicia.

a esta cultura occidental criolla tiene que responder estrictamente el libro actual. los campos, las selvas, sean nuestras cuartillas. venas

y caudales, cintas de máquina, tinta de nuestros ríos, lagos o volcanes. sangre y savia. garganta de cataratas, y aliento amertelúrico: he aquí el medio único para nuestra obra de soberanía intelectual.

el escritor no debe ser sino fiel instrumento de su cultura; brocha y pincel de su paisaje. lengua de su tierra.

del indio al blanco va el prieto meridiano de la cultura indohispánica, nuestro libro tiene que ser libro criollo, beligerante, masculino, que rasga la virginidad del barro, fecundando el mundo nuevo . . .

guayaquil.—ecuador.—s. a.

t e l m o n . v a c a d e l p o z o

DESDE que se inició la vida espiritual del hombre, dentro de los progresos de la civilización, y, el poder del pensamiento descubrió, como necesidad social, la forma de plasmarse en representaciones tangibles, el libro agita grandes energías en el desenvolvimiento intelectual de la humanidad, ya como forma especulativa, o demostración sintética para el estudio libre y la formación del sabio.

Esta eficaz importancia del libro, iniciada en los textos de las Pirámides de Egipto, escritos sobre piedra y cuyo comienzo era llamado puerta, que traducimos impropriamente por capítulo, según Moret; en las tablillas de piedra del "Poema de la Creación", compuesto en loa de Marduk; en las tablas de arcilla de las célebres bibliotecas del rey de Asiria, conquistador de Egipto; en el rollo de papiro, con sus torvos geroglíficos, de "El Libro de la Muerte"; en las letras de Cadmo, o en las "Genealogías" de Hecateo de Mileto; esta trascendental importancia del libro, repito, está a todas luces demostrada en sus maravillosos resultados históricos. Es el libro, el que, a través de las ci-

vilizaciones, ha recogido en la piedra, la arcilla, el papiro y el papel de lino, la historia mítica de la epopeya irania; las narraciones históricas y las producciones poéticas de Miriam y Redhiya de la España árabe; la literatura religiosa y la inspiración popular en la biblioteca de Edfú. Y, a no ser por el despótico predominio de retrógados monarcas, que incineraron bibliotecas, nos proporcionaría los secretos de los tintes fenicios; los de la completa desintegración de los cuerpos y los de la alquimia que investigaba el medio de transformar los metales inferiores en oro y en plata. El pensamiento humano, ya en posesión de su juicio y de su libre actividad dinámica, se reveló más tarde en el intérprete inmortal Juan Gutenberg, que, entre los solitarios muros de un convento de Holanda, sin más instrumentos que un trozo de madera y un buril, en un chispazo de luz, con su maravilloso invento, llevó el libro a una realidad superior, derramando sobre el mundo la inspiración del pensamiento humano en la difusión de la cultura.

Guayaquil, Julio de 1935.

R O S A B O R J A d e I C A Z A

ES EL NOMBRE de la hoja que ha de recibir el soplo de la idea y la gracia sacramental del pensamiento creador: es la corteza de una planta,—el papiro sagrado.

Libro —Biblos—, lámina sensible en que el alma se transubstancia.

Por ello, el Libro, Biblia—escritura de eternidad y divinidad, es el supremo, el único.

Sobre los libros muertos, sobre la ceniza de las bibliotecas y el océano de papel en que la arrogancia humana se dispersó invadiendo los confines de la locura, se alzarán, con la soberanía del triunfo sobre las ruinas, el Libro de los Libros, que en la catástrofe de la guerra universal o la de todas las naves en travesía, salvará del naufragio en que la Ciencia ha de hundirse para el perenne silencio.

Libro del Pueblo Escogido —uno y otro para salvación del universo moral—, es el poema de cielo y tierra, al decir de Dante; poema

que se abre con los vagidos del caos y se cierra con la muerte del tiempo. Allí se sellará el Libro con sello perdurable. ¡Y nadie recordará de las montañas de papel que amontonó la soberbia humana y que tragará el océano del Olvido.

Cuenca, Julio de 1935.

REMIGIO CRESPO TORAL

VIRTUD proteica la del Libro!

Es mar con Homero, campiña con Virgilio,
montaña con Rivera.

Pasmo con Dante, temblor con Hoffann, es-
calofrío con Poe.

Guía que nos conduce desde los circos infer-
nales hasta los paraísos de fulgurantes sueños.

Música que nos torna aroma, en el jardín
de ensueño.

Perfume que nos embriaga en músicas.

Mujer desnuda y amorosa que nos estruja el
corazón.

Canto caricioso que nos acuna.

Beso y caricia.

Sonrisa y lágrima.

Oración y blasfemia.

Paz de mediodía y angustia de crepúsculo.

Ensueño de plenilunio y temblor de media-
noche.

Océano de paisajes y catarata de emociones.

Visión interior que nos abisma.

Pañorama que nos espanta.

Lejanías que nos torturan.

Libro: microcosmos: milagro de creación:
eclosión de vida.

Quien penetra en tu corazón se hunde en
olas de amor y dolor que purifican y fortalecen.

Quien te crea se diviniza.

Cuenca.

V I C E N T E M O R E N O M O R A

¡LIBRO! grato tesoro espiritual. Cuando cae en manos de los pequeñuelos, pocas veces su huella se borra. La emoción se conserva como grabada en el alma. Las páginas del libro nos parecen más blancas en esa época feliz. Cuando nos remontamos a los pasados tiempos, la inocencia acude a refrescar sentimientos que ya se marchitaban. La sinceridad se apodera de nosotros. La nota de la sencillez acentúa sus dulces armonías. Ser ingenuos a nadie perjudica. Dón culminante de la infancia, ojalá perdurase a través de selectas lecturas.

¡Libro! libres de rencor y remordimiento, que conserváis vuestras hojas limpias, ¡cuán inefables sois al corazón! Lo fortificáis en medio de las angustias y decepciones de la vida que acarrea desencantos.

Pasan las horas de ventura. Como de sueño deleitable nos despertamos a la realidad de la existencia, sembrada de sinsabores y tristezas. Cual si caminara por terreno escarpado, empieza a tropezar nuestra planta en los escollos del mal y las desigualdades de la suerte veleidosa. Pero los buenos libros no permiten que

nos acordemos de las miserias. Ayudan a desecar todo lo amargo, prenden nobles ilusiones en el espíritu.

Los libros realizan el milagro de perpetuar la cultura y el amor entre los pueblos. Los libros para los niños han de conservar frescores de azucena, afectos maternos y amigables insinuaciones.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

HAY UN ESCRITOR francés que ha dicho las cosas más denigrantes y las más encomiásticas acerca del libro. Contradictorio, paradójico, como era por idiosincracia, extrema esas propiedades de su espíritu al hablar del libro.

Para Anatole France el libro es el opio de Occidente. Hace soñar, nos transporta a las regiones ideales de la imaginación, pero nos envenena y nos mata. Y se cita él mismo como ejemplo del efecto activo y tóxico de las páginas de lectura.

Llega a decir que, en los siglos en que los hombres carecían de libros y nada leían, fue cuando se realizaron las cosas más grandes y más útiles. Entonces no se entretenía la imaginación con los relatos de los libros, sino que se ejercitaban las manos, los sentidos y la inteligencia en busca de los medios de satisfacer las necesidades de la humanidad.

Pero el mismo autor atribuye a los libros la revolución más grande que ha podido operarse en los espíritus.

Con evidente ignorancia o sobrada ironía, en su novela la "Rebelión de los Angeles",

cuenta que ese hecho que produjo en los cielos la caída de muchos espíritus puros fue causado por la lectura de ciertos libros escritos para los hombres. Logran algunos ángeles penetrar en una biblioteca, se hartan de lectura y se produce lo increíble: esos seres angélicos columbran horizontes nuevos y toman rumbos diferentes en su existencia.

Con esta alegoría, France ha querido ponderar el mérito de divulgación y de propaganda que encierra un centenar de páginas, encuadernadas en la forma de un libro.

N I C O L A S J I M E N E Z

LA LETRA —el libro— es el vehículo máximo de la justicia social. Inútil, vano, eunuco es renegar de la acción de los intelectuales en función clasista y revolucionaria. Esa actitud es de un bajo y triste servilismo ante el trabajador manual. Es una absurda jerarquización de esfuerzo. Que ni siquiera tiene la justificación de ser táctica. Es sólo hipócrita y cobarde. Los trabajadores intelectuales tenemos el imperativo urgente de reivindicar y afirmar la posición del oficio. Conservarle y aumentarle el prestigio de su operancia insustituible. Recordar que la Biblia —máxima fuerza captadora de conciencias en la historia del hombre— es el libro por excelencia. Que es un libro el Zend Avesta y es un libro el Corán. Que a lomo de libro han caminado el Buda y Jesucristo. Que es un libro El Capital, de Marx. Como es libro también el manifiesto de Marx y Engels a los proletarios del mundo.

El libro es la única forma de comunicación extensa y válida entre los hombres. Sólida y

permanente. Y si ha servido y servirá para la elucubración, el descubrimiento y la enseñanza, ha servido y servirá para la realización de belleza y para la realización de justicia.

B E N J A M I N C A R R I O N

DOBLE actividad representa el pensamiento: el caudal de ideas empleado en la realidad circundante y el que sobrepasa este plano cotidiano de aplicación de nuestros juicios, y se guarda, en suma de experiencia y de meditación.

Por el primer proceso estamos en nuestro medio, por el segundo tendemos a rebasarlo. A luchar contra el presente.

Y nos ponemos dentro de lo ideal. Nace entonces el libro y el autor. El libro, que es la encarnación de la idea que suponemos mejor.

Si el pensador se hubiese contentado con su medio, el libro no habría tenido razón de ser.

El libro es, pues, siempre y por siempre una revolución.

Nace para combatir: expuesto a no ser atendido, como aquella princesa de la *Iliada*.

Peor, si el idealismo se toca de neurastenia o de misticismo sublimizador, tendencia de nosotros, parientes de España.

De allí la poca eficacia del libro, desahogo individual de idealismo agudo.

Y el remedio: la pedagogía sociológica del libro.

Si el libro no lleva aparejada una visión exacta y aplicada de nuestras realidades en posibilidades, que no exista el libro.

Cuenca, Junio, 1935.

MANUEL M. MUÑOZ CUEVA.

Y LEI en el libro viejo de la aldea. Como un infolio costroso. En el pergamino de polvo de sus callejas, con boñigas secas para la hogaza de los indios. Con tartas frescas que acaba de evacuar el ganado. Las moscas se pegan allí como un enjambre. Recios y retorcidos como maderas están los indios empotrados en los quicios de las puertas. Piel rojinegra, la suciedad les va comiendo y deslevándoles. Se respira un olor fuerte de suciedad: sestear de puercos y de perros con los ojos saltones como conejos despellejados. Pero cerca de todo esto hay un árbol de humo, de hojas azulencas, de hojas de ceniza como los terremotos, que se enraíza en la choza. Cerca también se evapora un perfume de pencos, con sus cuencos de miel. Los eucaliptos transpiran en la huerta larga y nemerosa. En bebedizo de sus copas debe haber una pureza latente.

Esta serenidad ancha como la aldea, estas callejas con gajos de caña, estos barrilitos de lana de las ovejas que giran sus patas negras y sus ojillos lustrosos, toda esta náufraga hediondez clama la purificación de las copas de

los árboles. Arriba cerca de ese eucalipto pespunteado por una sola estrella, con su perfume de goma y los susurros amacizados de las hojas. —Eucalipto de verano— quiero trasportar con nuevo perfume, con honda y rugiente vitalidad, la respiración de las maderas secas pegadas a los quicios magros de las puertas. Y he pensado en el libro viejo de la aldea con sus copas de árboles, grasientas y salobres, para el viaje renovado de la raza.

El crepúsculo no hace mucho quemó su gran boñiga seca y su candelada gruñona me habló de un antiguo aforismo: el mejor libro es el polvoroso infolio de la aldea.

A T A N A S I O V I T E R I

EL HOMBRE posee dos campos donde prueba —cualitativa y cuantitativamente— la energía, estrategia y táctica de sus poderes internos: la vida y el libro. Pero la vida se prueba destruyéndose; el libro, conservándose. La vida sólo une dos momentos imperceptibles del tiempo, nacer y morir, para dar esas metáforas del “venir a ser” en el espacio, que son las humanas criaturas; el libro da continuidad a esos “momentos” de la creación, une trayectorias e interpreta las metáforas del espacio, para “venir a ser” en el tiempo.

La vida es riqueza y la cultura, su valor máximo; pero riqueza intransferible y sin cotización cuando no actúa el libro.

La experiencia es común al reino de la vida; el libro es la experiencia —vida de la vida—, el “hice” o “debo hacer”, que distingue al hombre de los demás seres, poseedores sólo del “hacerse” invariable.

Una experiencia, de las muchas que pueblan la vida no tiene valor sino por la energía, comparable a la fuerza de un explosivo, con que penetra en la conciencia, y cuanto mayor sea esta

energía mayor será el poder de iluminación. El campo de iluminación depende, en cambio, de lo que cada uno ha logrado poner en relación dentro de sí mismo, de cómo cada uno se ha construido; en esta construcción, si la voluntad es el arquitecto, el libro es el modelo.

Un buen libro es casi siempre el testamento de un buscador de almas. Para reconocer el buen libro, en tal supuesto, hay que recordar que el buscador de almas es un capitán de aventuras, ruído, a veces intelectualmente cínico—en cierta medida: la necesaria para ser verídico con los demás y, sobre todo, consigo mismo—; pero infinitamente más importante y noble que el buscador de oro— no hablo sólo del auténtico—, con una nobleza que ilumina su frente y la torna visible a despecho del tiempo y las distancias.

Quito, Julio de 1935.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

NO PUEDE haber término de desunión entre la obra y el autor. Al contrario, reflejándose constantemente éste en aquélla, la paridad que les relaciona y les intimas, es de substancia. Por lo mismo, aun cuando el escritor trate de ocultar su presencia detrás del libro, el observante dará con las facciones alumbradas en la hora de la creación o en la del moroso apunte del recuerdo. El libro es itinerario, memoria, confesión si se quiere. Al personaje ajeno prestaremos, a veces, el breve perfil de nuestra fisonomía de un instante o para retratar al antagónico nos habremos redefinido en línea contraria. No sale, por otra parte, de nuestras páginas, con vida primaria el espectáculo externo que vemos y examinamos y por más que el paciente captador de su regularidad tratara de inhibirse de su contacto, de alejarse sin dejar de comprenderlo, para su reproducción en la vida artística no puede prescindir de la vertiente de algo de sí propio, de la transfigura-

ni se ha querido hacer en beneficio de la cultura popular; sólo entonces podremos decir —con derecho para ello— que el Ecuador es un país culto.

Guayaquil, julio de 1935.

ALEREDO PAREJA y DIEZ CANSECO

GRUPO AMERICA

Fundado en Abril de 1931

S O C I O S

ARIAS AUGUSTO

ARROYO CESAR E. (en Cádiz)

ALBORNOZ MIGUEL ANGEL

BUSTAMANTE HIPATIA CARDENAS DE

BUSTAMANTE GUILLERMO

BARRERA ISAAC J.

BOSSANO LUIS (en Bogotá)

CARRION BENJAMIN

CARRERA ANDRADE J. (en El Havre)

CARRERA ANDRADE CESAR

DE LA CUADRA JOSE

ESCALA VICTOR HUGO (en Venezuela)

ESCUADERO GONZALO

JARAMILLO ALVARADO PIO

JIMENEZ NICOLAS

MARTINEZ ALFREDO

MONCAYO HUGO

MONTALVO ANTONIO

MUÑOZ SANZ JUAN PABLO

PALLARES ZALDUMBIDE H. (Inglaterra)
PEREZ GUERRERO ALFREDO
REYES OSCAR EFREN
SANCHEZ MANUEL MARIA -|-
SALVADOR HUMBERTO
TORRES. LUIS F.
VELASCO IBARRA J. M.
VACA DEL POZO TELMO N.
ZALDUMBIDE GONZALO (en Ginebra)

CORRESPONDIENTES
HISPANOAMERICANOS:

ROSA ARCINIEGA (en España)
TERESA DE LA PARRA (en Suiza)
ALBERTO GUILLEN (Perú)
CARLOS MASTRONARDI (Argentina)
FERNANDO DIEZ DE MEDINA (Bolivia)
JESUS LEA NAVAS (España)
CARLOS PRENDEZ SALDIAS (Chile)
MARIANO LATORRE (Santiago Chile)